

DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR "A"  
15 y 16 de ABRIL del 2017

En un Domingo de Pascua encontramos a un hombre caminando a un lugar que él hacía mucho tiempo había dejado de ir— una Iglesia. Este hombre era casado y tenía tres hijos. Su matrimonio era básicamente bueno, a pesar de que él había sido infiel. Él había tenido una aventura con una de las secretarias de su oficina. Él estaba en el camino de la "vía rápida" en su carrera, ganando una promoción tras otra promoción. El dinero, el poder y la influencia lo habían seducido. Un día recibió un texto de la mujer con quien estaba teniendo la aventura y le informaba que se iba de allí y que la relación de entre ellos se había terminado. También le informó que se había quedado embarazada y que había terminado el embarazo, y se estaba mudando a una ciudad sin nombre. De repente, se dio cuenta de lo que le había hecho a su esposa, a sus hijos, a la mujer con quién había tenido la aventura, y de la incesante búsqueda en su carrera de buscar la promesa de felicidad y satisfacción— todo se venía abajo. Su mundo se rompía. La culpa se apoderó de él. Incapaz de ver cómo se enfrentaría a Dios, a su familia y a él mismo, entonces decidió en un cierto modo vago de suicidarse.

Sin ningún plan en particular, se metió en su coche, la misma noche en que había recibido el texto, y comenzó a conducir. Después de algunas horas, se encontró que estaba en un camino de tierra y sin saber en dónde estaba, además el coche se había quedado sin gasolina. Dejó el coche, vio una vieja Iglesia abandonada y destartalada que la habían cerrado hace años, y con sus puertas rotas de sus bisagras. Caminó ciegamente hacia la Iglesia. Extenuado físicamente, emocionalmente y espiritualmente, se tumbó en una banca polvorienta y se quedó dormido. Al despertar, justo cuando el sol se levantaba, vio su luz entrar en raudales a través del marco de una ventana vacía iluminando un crucifijo que lo habían dejado colgado arriba en la pared en donde una vez el altar había estado. Mirando fijamente al crucifijo, se quedó atónito. Parecía que la figura de Jesús lo miraba directamente y que se le acercaba con sus brazos extendidos diciéndole: "Hice esto por ti. Tus pecados están perdonados. No tienes por qué temer. Puedes empezar de nuevo. Levántate y deja este lugar. La paz sea contigo."

Aquí delante del ambo, hay un cuadro con el icono conocido ambos como "El descenso al infierno" y de "La resurrección de Cristo", también éste mismo icono está impreso en la portada del Boletín de este fin de semana. En este icono vemos a Jesús resucitado vestido en gloria rompiendo las puertas de las moradas de los muertos. Jesús alzando sus manos heridas, tomando la similar expresión de las manos extendidas de Adán y Eva (nuestros padres primitivos), los eleva a ellos a la vida resucitada. Alrededor de ellos están esparcidos lazos rotos de las cadenas del pecado y de la muerte que los habían encadenados. Testigos de este misterio son profetas y reyes de la historia de Israel.

Este icono capta el misterio de la Resurrección de Jesús que hoy celebramos de nuevo (esta noche / hoy día), así como lo hizo el crucifijo iluminado por el sol de la mañana para el hombre en este cuento.

Así como el hombre de este cuento, todos llevamos nuestras historias personales de pecado y traición; nuestras propias experiencias de "descender al infierno"—los infiernos, las moradas de los muertos, en cuerpo, en mente y en espíritu de nuestra propia creación—de estar atado por las cadenas de nuestras adicciones—de culpa y vergüenza por nuestras elecciones; aún hasta el punto de desesperación por el amor y perdón de Dios. Nos sentimos solos, abandonados, envueltos en la oscuridad. Cuando nos reunimos aquí en la Iglesia esta Pascua nos encontramos despertados por la luz, bañados de nuevo con la luz de Dios. Cuando miramos fijamente a su cruz, vemos su mano extendida hacia nosotros, y Jesús diciéndonos a nosotros: "Yo hice todo esto por ustedes. Sus pecados son perdonados. Ustedes no tienen por qué temer. Levántense y váyanse. Abandonen este lugar. La paz sea con vosotros."

Con las Santas Mujeres, con san Pedro y san Juan salimos pregonando: "¡El Señor ha resucitado! ¡Él ha resucitado de verdad! ¡Aleluya!

Padre Jim Secora